

Lo que era aquella sombra y cómo salió de su apuro.

En aquel tiempo, que no está tan lejano que los que tenían veinte años aquella noche de horrible tempestad, sean ya viejos, vivía en Barfleur un sacerdote anciano de esos que llaman en las parroquias asistentes, porque no tienen empleo fijo y viven á su modo, puesto que no dependen más que de sí mismos y no tienen que pedir nada á nadie.

Este sacerdote habitaba una casa aislada, la cual, aunque someramente, hemos descrito ya. Vivía con él una criada de unos cincuenta años.

El abate Hubert, que así se llamaba, pertenecía á una buena familia del Cotentin y pasaba por ser el hombre más caritativo del mundo.

El interior de su casa estaba desalajado como un claustro; había en ella muy pocos muebles, y las costumbres del abate se parecían en mucho á las de aquellos ermitaños que se alimentaban de raíces.

El abate Hubert no se concretaba estrictamente á este trato, pero nada había más frugal

que sus comidas ni más austero que su existencia.

En lo moral era un santo.

En lo físico era un hombre de setenta años, seco, vigoroso, alto y delgado, pero cuya presencia regocijaba; tan marcada estaba la bondad en su sonriente y tranquilo rostro.

Se ignoraba lo que poseía; pero debía ser bastante á juzgar por lo que daba, pues sus gastos personales no eran muchos.

Todas las mañanas se levantaba antes de la salida del sol para ir á decir misa á la iglesia de Barfleur, á aquella admirable capilla que domina el mar con su torre.

Estaba, pues, en pié al sonar el campanillazo del desconocido.

Su admiración no fué extrema al ver que la canastilla suspendida de la cruz de su verja contenía una criatura, protegida contra la lluvia torrencial por un pedazo de lona.

Y si miró á todos lados, con curiosidad muy natural, para saber de donde le venía aquel extraño regalo, no había sido seguramente para rechazarlo, que esto por nada en el mundo lo hubiera hecho, si no tal vez para hacer alguna observación á la desgraciada, porque para él no podía ser más que una madre desnaturalizada que abandonaba á su hijo, la sombra que había visto desaparecer.

No vió nada y no intentó verlo.

Desató la canastilla, la colgó del brazo y entró en la casa, apresurando el paso, porque las nubes se deshacían en agua que caía con violencia sobre el embaldosado del patio.

Cuando su criada le vió, le dijo en dialecto normando:

—¡Ah! ¡Dios mio, señor cura! ¿qué es lo que traeis?

—¡Es una criatura de Dios, Brígida, una criatura!

Brígida se sulfuró; aquello era demasiado. Los pescadores y los harapientos del país no se contentaban con vaciar la casa y despojar

de todo al cura, sino que ahora le llevaban también sus hijos!

—¿Quereis que os diga una cosa?—dijo Brígida, plantándose delante del cura con las manos puestas en las caderas.

El cura no tenía interés en conocer la opinión de su criada, pero ella no se arredró por esto.

El cura había colocado la canastilla sobre la mesa, en medio de la cocina.

—¿Qué veo!—dijo Brígida separando las ropas de la criatura.—¡Una niña!

—Y que ni bautizada estará tal vez,—pensó el sacerdote.—Es preciso proveer.

—¡Abusan de vuestra debilidad, de vuestra sencillez! Si se proponen traerlos todos los chiquillos que hay en Barfleur, ¿qué va á ser de nosotros, pregunto yo?

El sacerdote no la escuchaba.

—No se les puede echar al muladar—dijo con bondad.

—¡No! ¡no!

—Entonces ¿á qué tanto ruido?

—Ahí está el alcalde para administrar el pueblo. Dadme la pequeña; voy á depositarla en su casa. El se arreglará con ella.

—¡Quita de ahí!

De pronto el sacerdote hizo una exclamación de sorpresa.

Acababa de encontrar en el fondo del canastillo un saquito lleno de monedas de cien sueldos y de luises, y un papel.

—Informes—dijo.—Veamos.

Brígida se había aproximado al oír el ruido de las monedas.

«Señor cura:

»Soy una desgraciada. La miseria me obliga á abandonar á mi hija. Vuelvo á París á buscar una colocación.

»Os dejo, para que se lo entreguéis á quien se encargue de esta criatura, todo lo que poseo. ¡Compadecedme y tened compasión de ella!»

—El saco contiene ochocientos veinticinco francos, señor cura—dijo Brígida, que había contado el dinero.—¡Esto es una gran suma! ¡Pobre madre! ¡no es tan mala como parece! ¡Esos pícaros hombres son los que las pierden! ¡Mónstruos!

El sacerdote, poniendo un dedo en sus labios, la impuso silencio.

—¿Cómo es vais á arreglar?, decid—replicó la sirvienta, que tenía la lengua muy espedita.—¡Es preciso que os desentendais de esta criatura, porque no es bueno andar en lenguas á vuestra edad!

El sacerdote se sonrió de una manera angelical.

Estaba por encima del alcance de la maldición.

—Esperad, Brígida—dijo;—voy á arreglar este asunto.

Cogió la canastilla y el saquito del dinero; atravesó el jardín y el camino, sin tomarse la molestia de preservar su capa, tan remendada como la vela de la barca de Struth, del agua, con el gran paraguas encarnado que su sirvienta le presentaba.

Al otro lado del camino entró en una de las casas de pescadores que daban frente á la suya.

El interior de aquella pobre vivienda era grande y la limpieza esmerada. Había un lecho en el fondo, en una hendidura que hacia las veces de alcoba. Una cuna, echa de tablas mal cuadradas, contenía á un niño que no debía tener más de dos años, mientras que una mujer, joven y rubia, bastante hermosa, ayudaba á un hombre, su marido evidentemente, á arreglar las mallas de una red para pescar.

El hombre era moreno y hermoso como un pescador napolitano.

Al ver entrar al sacerdote los dos se levantaron.

La campana de Barfleur empezó á sonar con lentitud.

—Salud,—dijo el sacerdote,—¿se trabaja ya? ¡Muy bien! Vengo a interrumpiros.

—¡A interrumpirnos!—dijo la mujer.—¡Vos señor cura!

—Y es preciso despachar pronto. Se acerca la hora de mi misa. Tengo prisa.

Un gemido salió del canastillo.

—¿Qué es eso?—preguntó el pescador admirado.

—Una bendición de lo alto,—replicó el sacerdote con tierna solemnidad.

—¡Una bendición!

—Sois un hombre honrado, Aubin, y vuestra mujer es buena y virtuosa. Hubiera querido ayudaros mucho, pero no tengo medios. Han depositado esta criatura á mi puerta, alguna pobre joven engañada y que no tiene valor para criarla ella. La infeliz ha puesto sus economías en la canastilla. Son ochocientos veinticinco francos y algo más. Con este dinero tendreis una lanchita y si es preciso añadir algunos francos más, me lo direis. Magdalena criará lo mismo á dos pequeños que á uno. Mas tarde se verá el medio de sacar de apuros á esta criatura, pero es preciso no hablar de ello. Es inútil dar que decir. Soy del parecer de Brigida. Es brusca, pero no carece de razon. Direis si os preguntan que es una niña que os han confiado. Además es probable que la madre venga algun día á reclamarla. ¿Queda convenido?

El pescador consultó con una mirada á su mujer.

Ella le sonrió. Sonrió tambien al pensar en la criaturita que la confiaban, y por último sonrió al abate Hubert.

—Bueno, señor cura, como gustéis,—dijo el pescador.

—Entonces me voy más tranquilo. Estoy contento de vosotros. Sois muy buenos los dos. Dios os ayudará.

En el momento de ir á atravesar el dintel de la puerta, se volvió y dijo en voz baja:

—Llevadme esta tarde á la iglesia con sigilo. La bautizaremos.

—Está bien, señor cura.

El sacerdote salió.

—¡Buenas gentes!—pensaba.—Quisiera que fuera verdad y que esa pequeña les trajera la dicha.

La mujer del pescador mecía á la niña en sus rodillas.

—¡Qué linda y qué delicada es!—decía.

La abandonada tenia ya una familia.

Aquella misma noche fué bautizada por el abate Hubert, é inscrita en el registro de la parroquia con el nombre de Juana Barfleur.

A la hora en que el sacerdote Hubert estaba en casa del pescador Aubin, un viajero, empapado hasta los huesos, á pesar de la espesa capa en que se envolvía, marchaba con paso rápido por el camino trasversal que de Barfleur conduce á Cherburg por el Maulin y los Cordeillers. Aquel viajero debia tener grandes razones para preferir aquel mal camino á la carretera.

Cuando estuvo á la vista de la ciudad, á pesar de la larga marcha que acababa de realizar durante la tempestad y por aquellos caminos llenos de lodo, su rostro respiraba una feroz alegría.

No perdió tiempo y tomó en la estacion un billete para un punto del departamento del Orne.

Aquel hombre era Santiago de Brandes.

Habia asegurado su triunfo, al menos así lo creía él, procurándose armas contra la mujer á quien queria dominar y someter.

Entró al amanecer en su casa sin dar á nadie, ni aun á su confidenta, detalle alguno del viaje que acababa de hacer.

Indiferente á sus fatigas, era tan robusto que siguió aquel mismo dia, con el caballo percheiron que acostumbraba á montar, la caza del conde de Beaulieu.

La noche anterior habia ocurrido un drama

en el mar. Drama misterioso, uno de esos dramas que ocurren durante la tempestad, sin espectadores, en esas inmensas soledades marinas, más devoradoras que los espesos bosques del África central poblados de fieras.

Es imposible relatar sus detalles, y por esto es preciso atenerse á las presunciones.

He aquí lo que se supo de él.

Durante veinticuatro horas, desde las costas de Francia á las de Inglaterra é Irlanda, el mar estuvo agitadísimo por un furioso huracán.

Hubo siniestros que deplorar, pero no tan numerosos como hubieran podido esperarse, porque la mayor parte de los barcos, advertidos por la tempestad que precedió á aquella especie de ciclón, se pusieron al abrigo en los puertos más inmediatos, ó no salieron á la mar.

Pero Struth estaba en alta mar y no regresó. Jacobo Smith desapareció también sin dejar huella.

Se suponía que la barca, ya estropeada, del atrevido pescador, se hubiera roto contra cualquier roca, ó hubiera zozobrado por una ola.

Dos días más tarde se restableció la calma.

Unos pescadores de Guernesey, al ir á tender sus nalsas para coger langostas, á lo largo de las playas de Serk, la más pequeña, pero la más temible de las islas normandas, echaron de ver, arrojado por la marea, un cadáver imposible de reconocer, tan arrastrado había sido por las olas y despedazado por las puntas de las rocas.

Solo que, ¡detalle curioso! aquel naufrago no parecía víctima de la tempestad, sino asesinado antes de ser arrojado al agua porque se encontró, clavado en los huesos de su pecho, tan fuerte había sido el golpe, la hoja de un cuchillo, cuyo mango estaba roto.

Veinticuatro horas después, entre Saint-Malo y Jersey, en el sitio conocido por Los Minquiers—un banco de arrecifes que conocen todos los viajeros que van de Francia á Sainte-Helier,—un pescador vió á un hombre tendido boca abajo y se aproximó á socorrerle. El hom-

bre estaba muerto y desfigurado como el otro, como el cadáver de la isla de Serk.

A pesar de estar muy desfigurado, unos marineros de Saint-Aubin declararon que no podía ser otro que su paisano Struth, que se habría estrellado contra aquellos temibles escollos. Se le reconocía por su gran estatura, por el color de la barba y por el capote.

En uno de los bolsillos de este se encontró, atada con un pedazo de cuerda, una bolsa conteniendo la suma de cien libras esterlinas en oro.

Era el total del precio del crimen, conservado por Struth después de una lucha que no había tenido otros testigos que el viento y los relámpagos de una de las más formidables tempestades, cuyo recuerdo se ha conservado en la Mancha.

La noticia del naufragio de Harry Struth, no tardó en esparcirse por la Brelade, en donde su muerte debía resonar más profundamente en el corazón de Kate Potter.

En cuanto á Jacobo Smith, nadie se ocupó de él.

Se supuso que había partido como había venido. No dejó recuerdo alguno.

Consternada por este desastre, Kate Potter, que resistía á las instancias, á los ruegos y aun á las amenazas del capitán Perros, lo declaró todo, al menos todo lo que ella sabía, las preguntas de Struth, su estancia en Sainte Brelade, en el momento de la desaparición de la niña y la partida de su barca inmediatamente después de este suceso.

Las cien libras esterlinas encontradas en su poder, no podían provenir más que del pago de aquel robo.

El capitán Perros no dudó ya—y esto era lógico—de que Struth se había comprometido á entregar á alguna persona la niña de Germana por esta suma, al padre tal vez, y que había perecido con la criatura al tratar de llevar á cabo la entrega.

El capitán exploró por sí mismo todos los puntos del litoral, en donde Struth hubiera podido abordar.

No se le había visto en ninguna parte.

Germana esperaba con terrible impaciencia el resultado de las pesquisas del capitán, en Sainte Brelade, en donde recobraba rápidamente sus fuerzas á pesar de las angustias que sufría por la desaparición de la niña.

Cuando no quedó duda alguna al rudo marino de que nada se podía averiguar con precisión, entró en la habitación de la señorita de Roye. Por su aspecto sombrío, comprendió Germana que no quedaba esperanza alguna.

—¿Qué hay?—le preguntó mirándole fijamente con sus hermosos ojos, irritados por la ansiedad.

—Habeis maldecido á vuestra hija—dijo Perros.—Dios os la ha quitado.

Germana, desmelenada, bajó la cabeza, se cubrió la cara con las manos y lloró amargamente.

XXI

«Soirée» de gotoso.

En los primeros días del mes de noviembre, después de la comida, el general de Tréville estaba sentado, más que sentado, tendido sobre un ancho sillón, en un saloncito inmediato al comedor del hotel de Roye.

El tiempo estaba cubierto, húmedo y malo, para los gotosos y los reumáticos. Las hojas de los plátanos y de los tilos cubrían los paseos y los prados y habían tomado ese color amarillento que anuncia la proximidad del invierno.

De ordinario no se tienen ideas alegres, cuando se anda cerca de los sesenta años, se está solo en una vasta y triste estancia, enclavado en su sillón por una ciática que os obliga á tener la pierna colocada horizontalmente sobre un taburete, aun cuando el sillón esté tapizado con elegancia y el taburete tenga sus cuatro patas doradas.

En este caso se encontraba el general.

Pero tenía otras razones, además de estas, para estar de mal humor.

Ya no se oía hablar de su sobrina, ni más ni menos que si se hubiera muerto.

El telégrafo permanecía mudo como un pez y el correo era perezoso como una marmota dormida en su agujero.

Aquel silencio autorizaba las más nefastas suposiciones.

¿Qué había sido de la viajera? ¿Volvería algún día?

El general consultaba en vano los periódicos, para ver si encontraba en ellos algún motivo de confianza.

El *Yacht*, boletín oficial de la navegación de recreo, había anunciado la aparición del barge de la señorita de Roye en Bayona; pero esta noticia databa de hacía ya un mes y no se sabía qué había sido de él después de aquella fecha.

Bayona no está al otro extremo del mundo.

El general, impaciente ya, no sabía qué disculpas dar á Roberto de Beaulieu, que se mostraba cada vez más apremiante.

La paciencia tiene sus límites. Así es que aquella noche el general estaba de un humor detestable.

—¡Mil bombas!...

Cuando él lanzaba esta formidable imprecación, era mala señal.

Solo, sentado frente á la chimenea, con un velador á su alcance, sobre el cual había cigarrillos, periódicos y uno ó dos frascos de jarabes de detestables calmantes, pronunciaba entre dientes frases interrumpidas á cada momento por uno de sus ternos favoritos.

Dió un salto, que le arrancó un grito de dolor, cuando su ayuda de cámara entrecabrió la puerta, y dijo:

—El señor vizconde de Beaulieu!

¡El pretendiente llegaba en buena ocasión!

¡Qué decirle! Pero todo tiene su fin. El general tomó su partido. El vizconde iba á tener con quién hablar.

—Que pase—ordenó.

El ayuda de cámara se había anticipado á esta orden.

El vizconde tendía ya la mano al tío de Germana.

—¡Ah, vos aquí!—le dijo el señor de Tréville.

—¿Venís de?...

—De Beaulieu.

El ex oficial estaba visiblemente preocupado. Su hermosa fisonomía tenía una expresión de tristeza de bastante mal augurio.

—¿Y vuestro padre?—preguntó el general.

—Está bien.

—¿Sigue cazando?

—Como siempre.

—¿Quisiera encontrarme en su lugar.

—¿Estáis mal?

El vizconde se sentó frente á él, al otro lado de la chimenea.

El general le observaba á su placer.

El joven estaba preocupado. Venía con deseos de explicaciones, el tío de Germana lo comprendió así, y se puso á la defensiva.

Eran dos amigos, pero también dos adversarios.

El señor de Tréville, por una maniobra hábil, fué el primero que se lanzó al terreno en que debían empezar las hostilidades.

—¡Enfermo y de mal humor—le respondió precipitadamente;—gotoso y bilioso, incomodado y febril! Tengo un maldito dolor que no me deja descansar, y estoy furioso con Germana, para que lo sepáis todo.

—¡Oh! ¡general!

—Muy furioso.

—¿Y por qué razón?

—No disimuleis. Lo sabéis tan bien como yo.

—Estoy furioso, irritado. Vos también lo estáis, por el mismo motivo, y yo no os censuro por ello.

—¡Sin embargo!...—se atrevió á decir el vizconde.

—No pretendáis disculparla. Haríais mal. Ese viaje es una verdadera locura. No debí

permitirlo. ¡Pardiez! ¡He sido muy débil y tenéis derecho para decírmelo así! Decidlo, no me quejaré por eso.

—¡Oh! ¡general!...

—¡Habladi! ¡Hariais mal en reprimiros. Os autorizo para ello. Francamente, vos venís con intención de...

—Pero...

—Palabra de honor... No os lo afearé. ¡Desahogaos, tengo buenas espaldas, golpead!

El vizconde no sabía ya cómo empezar á hablar del asunto que allí le llevaba. El general, á pesar de su gota, reía para su capote por su manobra. Hizo más difícil aun el ataque.

—¡Pardiez!—exclamó.—Hubiera comprendido un capricho, dos ó tres meses de viaje; es un deseo que se puede tener, teniendo un barco, marineros y un capitán que inspire confianza. Yo no digo que si yo fuera joven, con una buena fortuna y gustos... á la moda, no fuera capaz de una tontería como esa; pero todo tiene un término, ¡qué diablo! ¡Y Germana puede esperar una regular recepción! Me diréis que está en camino para regresar...

—¡Creéis!...—interrumpió el vizconde con interés.

—¡Estoy seguro de ello; pero eso no es una disculpa! Siempre se puede expedir un telegrama, mandar una carta desde cualquier parte... Tranquilizar á aquellos que nos aman y se imaginan que estamos en peligro, que un golpe de viento ha hecho zozobrar nuestro barco. Pero vos conocéis á Germana. No tiene miedo á nada; es intrépida... ¿Quién estaba con vosotros en la cacería?

—Los de costumbre... Los vecinos.

—¿De Brandes?

—Ese siempre.

—¿Está bien?

—Fuerte como los puentes de Cé.

—Sí, un mozo fuerte como un oso. El aire libre, el ejercicio y las carreras, son las que le tienen así. No es millonario. ¡Caramba! Fran-

camente la ley era dura ántes para los segundones. Todo para los unos, nada para los otros. La conversacion decayó. El teniente de dragones se retorció el bigote con turbacion.

El tío habia retrasado la tormenta pero la nube no habia desaparecido.

—¿De modo que vos creéis, general,—preguntó Roberto—que Germara volverá pronto?

El general cogió las tenazas.

—Sí—dijo—yo no presumo que pase el invierno recorriendo costas con su Breton. La espero de un momento á otro.

—¡Ah! ¡tanto mejor!

—Sin duda, tanto mejor.

—Por varias razones—añadió el ex-oficial.

—No conozco más que una buena—replicó el señor de Treville.

—¿Cual?

—El deseo que tengo de volver á verla.

—Hay otras...

—No las conozco, no en verdad. Germana es libre de ir á los Antipodas si le agrada.

—La sociedad...

—¡La sociedad!—dijo el general, removiendo el fuego—¿por qué se ha de mezclar en esto?

—No es posible sustraerse á sus juicios cuando se forma parte de ella.

—¿Y vos no queréis que Germana sea censurada? Lo sería aunque fuese la mujer del César,—dijo el general incorporándose.

—En efecto, yo no quisiera que la censurasen,—contestó el vizconde.

—Teneis un excelente medio.

—¿Cual?

—No os caseis con ella, ¡mil bombas!

—¡Oh! ¡general!

—¡Pardiez!—dijo el señor de Treville, incapaz de contenerse por más tiempo, tanto más cuanto que comprendia la culpa de su sobrina; Germana no es aun la mujer de nadie, que yo sepa, y creo que la sociedad podría ocuparse de otras cosas más provechosas que de censurar los inocentes caprichos de una joven, mayor

de edad y libre para disponer de su tiempo y de su dinero como se le antoje. En el fondo tal vez tenga razon en gastarlo á su gusto la desgraciada. ¡Pronto perderá su libertad y tendrá que someterse á la voluntad de otro! Si yo estuviera en su lugar, soltero y en posesion de la experiencia que tengo..., desgracidamente... No sería yo quien se sujetara por los lazos del matrimonio. Eso es tanto como estar preso.

—En verdad...

—¡Ese es mi parecer, cada uno tiene el suyo! El general poseía otras virtudes, pero no la de la paciencia.

Sabia mejor que nadie lo que se proponia su sobrina, su muy querida Germana, con aquella escapatoria, bastante difícil de justificar. Pero se acordaba de la altiva postdata de la carta, en la cual decia que estaba dispuesta á devolver á su prometido su palabra si recriminaba su ausencia.

Orgullosa y viva como la señorita de Roye, no podia consentir que se discutiera ante él nada que interesara al honor de su sobrina.

Veía la tempestad próxima á estallar. Conocía demasiado á los hombres para no comprender que la paciencia del ex-oficial tocaba á su fin. Inspirado por el conde de Beaulieu, el aldeano inflexible, intolerante en ciertas materias, que no admitia los caprichos ni las escentricidades, intratable en cuestiones de honor, celoso en sus derechos y en los de los demás, pero que no podia consentir el más pequeño menoscabo en su reputacion, ni la más ligera sospecha que pudiera empañar la fama de la que iba á llevar su apellido y á pertenecer á su familia.

El general hacia ya largo tiempo que temía aquella explosion, y no sabia como evitarla.

La explosion le amenazaba.

Se habia puesto á remover el fuego para demostrar presencia de ánimo.

Roberto de Beaulieu se levantó.

Retenido por su amor, vacilaba en censurar

á la que era objeto de él y permanecia inmóvil, con las cejas fruncidas y la mirada fija en los tizones que el señor de Treville amontonaba con las tenazas. No sabia como salir de su apuro y buscaba una frase que le permitiera un *ultimatum*, sin llegar á una ruptura que le destrozara el corazon, cuando vió que el general hacia un movimiento de sorpresa y que sonriente y con los brazos tendidos, volvia la cabeza hacia la puerta de entrada.

Tras el pesado portier, que separaba ligeramente con la mano una mujer jóven, con traje de terciopelo negro, que modelaba por modo admirable sus formas, con sombrero á la *Rembrandt* graciosamente colocado sobre sus castaños cabellos, el rostro algo fatigado, pálida, pero hermosa como el mismo amor, examinaba con sus ojos, de un azul oscuro, á los dos adversarios dispuestos á romper lanzas en su favor.

Hubieran podido notarse sintomas de ansiedad en su mirada. Se preguntaba, sin duda, como iba á ser recibida.

Pero aquella ansiedad se disimulaba bajo cierta altivez imponente que no escapó á la mirada del tio ni á la del vizconde.

Hubo un momento de vacilacion, un minuto de observacion por una y otra parte.

Despues, á la vista de los abiertos brazos del general, la joven se precipitó en ellos con demostraciones de la mayor ternura.

Aquella joven era la señorita de Roye.

Cuando se incorporó tendió una mano á Roberto, quien la estrechó entre las suyas.

El general habia triunfado.

Su predicción respecto á la vuelta de su sobrina, predicción en la cual él no creía, acababa de realizarse.

—Ya lo veis—dijo modestamente, al vizconde sin abusar de su victoria.

—Teniais razon, general.

—Y ahora, querido, que ya no estoy preocupado por el regreso de Germana, vosotros os explicareis.

La viajera frunció las cejas.

—¡Ah!—dijo—¡necesitais una explicacion, amigo mio! No tengo más que una que daros.

—¿Cuál?

—Mi capricho.

La dureza de la contestacion fué suavizada por la encantadora sonrisa que la acompañó.

En verdad, Germana estaba más seductora que nunca.

Su belleza habia aumentado, habia llegado á su mayor apogeo. Su pecho henchía su corpiño de terciopelo, y sus hombros acusaban igual desarrollo; en cambio no habia perdido nada de su elegancia. Sus cabellos parecian aun más oscuros sobre su cutis, que estaba más blanco; sus ojos, un poco fatigados por el viaje, brillaban sin embargo con vivo resplandor.

Atreveds á censurar los caprichos de semejantes criaturas, cuando las volveis á encontrar tal como las habeis amado, tal como seguis amándolas, más violentamente tal vez por el deseo de doblegar su imperio, de asegurar su posesion.

Roberto de Beaulieu olvidó en el instante sus prevenciones. Sus temores, sus dudas, volaron como vuelan los espectros de los malos sueños á los primeros resplandores de la aurora.

Germana comprendió la impresion que causaba á Roberto.

—¿Que más quereis?—le dijo.—He cumplido mis compromisos. Habia marchado; he vuelto.

—Me habeis hecho otra promesa, Germana,—repuso el vizconde con voz alterada por la emocion.

—Sí.

—¿La habeis olvidado?

—No—dijo Germana con voz firme;—os he prometido ser una buena y honrada esposa.

—¿Cumplireis la promesa?

—Como la otra, El día señalado, si así lo deseais.

El vizconde se arrodilló delante de Germana.

—Os lo suplico...—la dijo.

Germana le contestó con una sonrisa.

Y como hizo en el bosque, cuando iban los dos á caballo, la cogió una mano, que Germana le abandonó, y se la cubrió de abrasadores besos.